



La pesada carga del recuerdo

El aniversario de los ataques revive una fecha aciaga que Nueva York trata de superar sin olvidar a las víctimas



MERCEDES GALLEGO
Corresponsal

NUEVA YORK. La 'septembermanía' se ha apoderado de Nueva York. Una confusa mezcla de congoja y fastidio cuyo mejor tratamiento es simple, pero difícil de aplicar en fin de semana: apagar la televisión. Quienes no hayan huido ya a la paz del campo o la soledad de las montañas llegan demasiado tarde. Hoy será imposible ejercer la reflexión mesurada que sugiere la distancia de los diez años sin la manipulación emocional de la sobredosis mediática y social.

A Suzanne Present, una profesora del East Village, el virus le cogió por sorpresa el viernes por la mañana. Puso la tele para desayunar, como un día más, y se quedó clava-

da en el asiento, mientras las imágenes y los testimonios de dos hermanos franceses que casualmente se encontraban el 11-S grabando un documental junto a las Torres Gemelas la transportaban de vuelta a esos momentos traumáticos. A partir de ahí no tendría descanso. Al llegar la noche se presentó atormentada ante su grupo de meditación. «Recordar, sí, lo entiendo, no debemos olvidar, pero, ¿es necesario que nos bombardeen así?», preguntó atribulada.

Su profesor de meditación, ajeno a la epidemia porque no tiene televisión, tampoco prestó mucha atención a su cuita. «¿Has visto el vídeo del billete de 20 dólares que cuando lo doblas de cierta manera aparecen las Torres Gemelas ardiendo?», preguntó. «Está dando vueltas por Internet, míralo». Como la aplicación para el iPhone que coloca en el paisaje la silueta de los edificios desaparecidos para que la gente se tome fotos con ellos.

A diez años de los atentados el paso del tiempo debería haber hecho su trabajo, pero una parte del mundo se empeña en evitarlo. Son precisamente aquellos que viven más lejos los que disfrutaron de la morbosa recolección de olor a carne quemada, las calles desiertas y

el clima apocalíptico que con tanto éxito narran las superproducciones de Hollywood. Solo que en Nueva York era real y quienes lo cuentan son testigos directos.

Elizabeth Phelps, una psicóloga de la Universidad de Nueva York que ha estudiado la evolución de la memoria del 11-S en 3.000 sujetos, descubrió que cuando se les hace recordar los acontecimientos de ese día, los que vivían a cuatro kilóme-

tros de las Torres Gemelas tienen mayor actividad en la amígdala cerebral que los que vivían alejados de la Zona Cero. La amígdala es la parte del cerebro que registra las emociones, esa que la sobredosis mediática estimula estos días para entretenimiento del resto, sin recordar lo rápido que se cansan las audiencias acostumbradas a saltar de tragedia en tragedia.

En 2001, septiembre ni siquiera había terminado cuando la cuota de pantalla de la CNN registraba ya una caída del 70% debido a su monotonía programación sobre los atentados, recuerda la revista 'New York' esta semana. «Lo destacable es cuánto ha superado nuestra ciu-



Honra a los muertos. :: A. FERRERAS

Dos mensajes distintos para audiencias diferentes

:: M. GALLEGO

NUEVA YORK. Cuando hable hoy a la nación, después de visitar los tres sitios donde se estrellaron los aviones -Zona Cero, Shanksville (Pensilvania) y el Pentágono- Barack Obama leerá en el Kennedy Center de Washington un discurso en el que tendrá que fusionar dos audiencias.

El mes pasado su Gobierno envió directrices a las agencias ofi-

ciales dentro y fuera de EE UU sobre cómo tenían que hablar de este décimo aniversario, pero las que estaban en el exterior recibieron indicaciones distintas a las que están dentro de EE UU. Es casi como la programación doméstica de la CNN en comparación a la del canal internacional, que juega con gustos y necesidades distintas.



Dos turistas se fotografían en Manhattan. :: AFP

JOSÉ LUIS PEÑALVA

ASESINATO DE MI LIBERTAD



El miedo es un Estado paralelo al Estado de derecho. Nace después del 11-S, y es una dictadura más sutil, opresiva y restrictiva de las libertades que las dictaduras clásicas. Ha jibarizado nuestro mundo, acotado países, prejuiciado espacios y lugares, a los que ya no se acude por miedo al miedo. Véase México, criminalizado por el fantasma de una peste porcina que nunca llegó a manifestarse. La globalización crea nuevas conciencias sobre males atávicos, que paralizan al ciudadano, hipnotizado al oír la palabra riesgo. No importa que muchas de las amenazas sean imaginarias, la globalización ha creado una empatía hacia lo invisible que nos hace abominar lo desconocido. Justo lo que antes nos ponía cachondos porque detonaba nuestra adrenalina y con ella nuestras emociones. Para algún analista, el atentado a las Torres Gemelas se proponía derrotar a la modernidad, aplacar cualquier espíritu aventurero, corromperlo y engatusarlo.

El ojo del 'gran hermano' galvaniza nuestros temores y nos hace retroceder ante amenazas creíbles pero no comprobadas en las que todo el mundo cree. Como la hipótesis del ataque en el décimo aniversario del 11-S. No existen, o no

al extremo de convertirse en irreprochables e ineludibles peligros. Y si la caída del muro de Berlín equivale a un canto a la liberación y a la esperanza, el 11-S es su opo- nente letal. Abre una época de alie- namiento y parálisis, de cacheos en los aeropuertos, de toma de huellas dactilares... El momento en el que se me impide viajar con loción para después del afeitado, colirio para mis ojos alérgicos a los espacios cerrados, sin pasta de dientes. Un momento histórico en el que mi cortauñas pasa a ser considerado un peligro letal y mi cuerpo un arma de destrucción masiva, para él se inventa un escáner pornográfico. Con escuchas y cacheos EE UU ha conseguido ser un país menos libre, pero no más seguro. Un columnista se excusaba de que los americanos deban dar las gra- cias a un británico, obligados a quitarse los zapatos cada vez que pa- san por el control de pasajeros de un aeropuerto y a otro británico por la invención de la bomba líquida, que no permite llevar líquidos en los aviones. El terrorismo ha concedido a nuestras autoridades derecho de pernada y justificado una vigilancia planetaria puesto que todos somos presuntos terro- ristas. Brindo por su seguridad y el asesinato de mi libertad.

dad esos traumas, como el resto del país», observa el autor del artículo, Frank Rich. «Para la mayoría de los estadounidenses, la nube se ha levantado».

Rédito político

En EE UU rebelarse contra el 11-S todavía es como traicionar la memoria de las víctimas, pero incluso quienes vivían envenenados por el resentimiento encontraron en la muerte de Osama Bin Laden el telón final de una película que les había obsesionado durante diez años. «Una vez que se acabó Bin Laden, también salió de nuestra vida política», observaba Rich. «El terrorismo ya no es tema de campaña».

Todo un desperdicio de capital político que resultó muy rentable a George W. Bush en sus ocho años de Gobierno. Pero para eso están las alertas terroristas, esas que el viernes por la noche quitaron el sueño a muchos neoyorquinos y ayer sábado atascaron todas las salidas de la Gran Manzana. El despliegue policial en túneles y puentes así como los meticulosos registros en el metro y en los ferries acabó por desatar el pánico de quienes se habían resistido al huracán de emociones.

Las calles de Nueva York ya no están empapeladas con los rostros de los desaparecidos que perseguieron a sus habitantes durante meses, pero sus miradas vuelven a la

vida en cada exposición cultural que se abre estos días, desde el Centro Time Warner al Internacional de Fotografía. Y mientras el alcalde, Michael Bloomberg, se ha propuesto que hoy no haya discursos en la Zona Cero para evitar la politización del acto, en cuanto George W. Bush y Barack Obama abandonen la ciudad y acabe de recitarse la lista de nombres, se intentarán sol-

ventar las diferencias en el espíritu perdido del 11-S.

A pocas manzanas, el Centro de Acción Internacional y una docena de organizaciones de justicia social han convocado una manifestación contra el racismo, la guerra y la intolerancia. En Washington Square habrá un púlpito abierto para que los espontáneos puedan expresar sus sentimientos y contar las histo-

rias que traigan en la cabeza, a modo de terapia de grupo. Y en Brooklyn, un grupo multireligioso se ha propuesto visitar sinagogas, mezquitas y estaciones de bomberos.

Los que han sucumbido al pánico tienen la mejor excusa para pasar en la playa lo que puede ser el último fin de semana del verano, y entre celebraciones, escapes, huidas y desahogos, el aniversario de la década trae también la oportunidad de reflexiones más profundas sobre las oportunidades perdidas. La de aprovechar el momento en que el mundo se sensibilizó con EE UU y George W. Bush pudo haber cambiado el curso de la historia si hubiera sabido mantener ese espíritu. Pero como en su lugar inició dos guerras, «cuando los historiadores escriban sobre la última década lo harán más sobre las innovaciones tecnológicas, el colapso financiero, el despegue de China y las dos guerras», dice Richard Hass, presidente del Council on Foreign Relations. De hecho, el 11-S será recordado por la desproporcionada reacción de EE UU, según ha escrito David Rothkopf en la revista 'Foreign Policy'. Y Facebook o Twitter acabarán desplazando a las Torres, que se recuerdan hoy con dos haces luminosos. «¿Qué es más importante? ¿Tumbar el World Trade Center y matar a miles de inocentes o unir a 500.000 millones de personas como ha hecho Facebook? No tiene color», aseguró el experto.

Para las agencias y consulados alrededor del mundo toca agradecer la cooperación exterior que otros países dieron a EE UU en la resaca del 11-S. No se trata solo de homenajear las vidas que han perdido enviando tropas a las guerras de Estados Unidos, sino de recordarles que también son sus guerras porque entre los restos del World Trade Center había víctimas de más de 90 países. «Tenemos que seguir unidos para prevenir nuevos ataques», decía el documento filtrado por 'The New York Times'. Por si alguien duda de que la guerra contra el terrorismo desata- da a raíz del 11-S vaya con él, la Casa

Blanca recordará los atentados de Madrid, Londres, Bali y Nairobi, entre otros. La primavera árabe será presentada como una prueba de que Al-Qaida ha perdido la guerra.

En el plano doméstico hacen falta menos indicaciones. El documento para esta audiencia se limita a una página porque el patriotismo no necesita mucha ayuda. «Dibujaremos el espíritu de unidad que prevaleció inmediatamente después de los ataques», señala. EE UU volverá a despertar hoy en la borrachera de barras y estrellas con que hace diez años vistió el miedo, y el Gobierno intentará de nuevo volver a sacarle partido.



Tributo a las víctimas del 11-S, ayer en Nueva York. :: AP